

EL ANTIGUO SERRALLO.

EL ANTIGUO SERRALLO.

Como en Granada, antes de ver la Alhambra, así en Constantinopla parece que nada se ha visto hasta que se han traspuesto los muros del antiguo Serrallo. Mil veces al día, de todas partes de la ciudad y del mar, contéplase esta verde colina llena de encantos y promesas, que llama siempre la atención como cosa eternamente nueva, que atormenta la imaginación al modo de enigma, que se oculta entre intrincados pensamientos y acaba por decidirse á marchar antes del día fijado, con objeto de librarnos de un tormento, mejor que para procurarnos diversion.

No conozco otro rincón de tierra en toda Europa, cuyo solo nombre despierte en la imaginación más extraña confusión de imágenes risueñas ó terribles, acerca del cual se haya pensado tanto y escrito tanto y buscado adivinar tanto; que haya dado origen á tanta noticia vaga ó contradictoria; que sea todavía objeto de tan insaciable

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FAMILIA ALEFONSINA
N.º 11

curiosidad, de tantos juicios aventurados, de tantas invenciones maravillosas.

El frío se apodera de nuestro ánimo cuando ahora penetramos en él. Bien puedo asegurar que andando los siglos, cuando la dominación otomana no exista más que como una reminiscencia en Europa y esta bella colina contenga la populosa vida de una ciudad nueva, ningún viajero pasará por aquí sin contemplar con el pensamiento los antiguos kioscos imperiales, y sin pensar con envidia en la humanidad del siglo XIX, que ha encontrado todavía en aquel lugar la memoria viva del soberbio alcázar otomano.

¡Cuántos arqueólogos buscarán pacientemente la huella de una puerta ó de un muro en los patios del nuevo edificio, y cuántos poetas escribirán sus versos sobre los sillares repartidos en la ribera del mar!

Aunque trascurren muchos siglos, estas murallas serán religiosamente conservadas ó irán á visitarlas sábios, enamorados y artistas, y la vida fabulosa que llevaron sus moradores cuatrocientos años antes, se esparcirá en miríadas de volúmenes y de cuadros sobre toda la faz de la tierra.

No es ciertamente la belleza arquitectónica la que atrae sobre aquellos muros la curiosidad uni-

versal: el Serrallo no es un gran monumento artístico como la Alhambra. Solo el patio de los leones del palacio árabe, vale por todos los kioscos y todos los torreones del alcázar turco.

El mérito del Serrallo consiste en formar un gran monumento histórico que aclara é ilumina casi toda la vida de la dinastía otomana, que lleva escrita sobre las piedras de sus muros y sobre los troncos de sus árboles seculares toda la crónica más íntima y secreta del Imperio. No le falta sino la de los últimos treinta años y la de los dos siglos que precedieron á la conquista de Constantinopla. Desde Mahomet II que colocó sus cimientos, hasta Abdul-Mejid que la abandonó para ir á habitar el palacio de Dolma-Bagécé, pasaron veinticinco Sultanes.

Desde que la dinastía puso el pié, apenas conquistada, en su metrópoli europea, se eclipsó el astro de su fortuna y se inició su decadencia.

Era el Serrallo á un tiempo palacio, santuario y fortaleza; era el cerebro del Imperio y el corazón del islamismo; una gran ciudad dentro de la ciudad, una roca augusta y magnífica, habitada por un pueblo y custodiada por un ejército que abrazaba dentro de sus muros variedad infinita de edificios, lugares de delicia y lugares de horror, ciudad y campiña, palacio, arsenal, escuela, oficina y mezquita; donde alternaban las fiestas y los estragos, las ceremonias religiosas y

los amores, las solemnidades diplomáticas y las más exajeradas locuras; donde los Sultanes nacían, eran exaltados al trono, depuestos, encarcelados y destrozados; donde se urdía la trama de todas las conjuraciones y estallaba el grito de todas las rebeliones; donde afluía el oro y la sangre del Imperio todo; donde giraba eternamente la hoja de la espada inmensa que se cernía sobre la cabeza de cien pueblos; donde por espacio de tres siglos tuvo fija la mirada la inquieta Europa, el Asia rebelde, el África indomable, como humeante volcan que amenazara la tierra.

Este alcázar monstruoso está colocado en la colina más oriental de Stambul, que declina dulcemente hácia el mar de Mármara, hácia la embocadura del Bósforo y hácia el Cuerno de Oro, en el espacio antiguamente ocupado por la Acrópolis de Bizancio, entre la ciudad y un ala del gran palacio de los Emperadores.

Es ésta la más bella colina de Constantinopla y el promontorio más favorecido por la Naturaleza en toda la costa europea. Allí convergen como á su centro, dos mares y dos estrechos y allí termina el gran camino militar y mercantil de la Europa oriental. Los acueductos de los Emperadores bizantinos conducen hácia él torrentes de agua; la colina de Tracia le defiende de los vientos del Setentrion; el mar lo baña por tres de sus costados; Galata lo resguarda por la parte del

puerto; Scutari por la del Bósforo, y las grandes montañas de la Bitinia cierran ante ella, con sus nevadas cimas, los horizontes del Asia. Es un punto solitario colocado á la extremidad de la gran metrópoli, casi aislado, fuerte y bellissimo, que parece hecho por la Naturaleza para servir de pedestal á una grande monarquía y para proteger la misteriosa vida de delicias de un príncipe casi Dios.

Toda la colina está circundada en su base por un alto muro almenado, flanqueado por gruesas torres. Sobre la ribera del mar de Mármara y á lo largo del Cuerno de Oro, esta muralla forma la defensa externa de la ciudad; por la parte de tierra, sus muros levantados por Mahomet II—el cual separó la colina del Serrallo de la en que se alza la mezquita de Nuri-Osmanié—corren en ángulo recto hasta la Sublime Puerta, pasan ante Santa Sofía, y describiendo una grande curva, van á reunirse con los de Stambul sobre la ribera del mar. Tal es la línea externa del Serrallo.

El Serrallo, propiamente dicho, se extendía en este circuito, rodeado á su vez por altas murallas que forman como un gran reducto central de la gran fortaleza de la colina.

Pero sería ingrata tarea describir el Serrallo tal como al presente ha quedado. El camino de hierro pasa á través de la muralla externa; un terrible incendio, en 1865, destruyó muchos de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FAMILIA ALEONSINA

sus edificios; los jardines están en gran parte devastados de las construcciones que permanecieron de pié; varias cambiaron de forma y de uso; en fin, las menores alteraciones son tantas y tales, y el abandono en que se ha dejado todo de treinta años á esta parte ha cambiado de tal manera su aspecto, que no podría describirse el Serrallo fielmente sin que quedara defraudada la espectacion más modesta.

Preferible es para quien escribe y para el que lee recordar este Serrallo famoso tal cual era en los bellos tiempos de la grandeza otomana.

Entonces, quien podía abarcar con una mirada toda la colina, desde la almena de una torre ó de un minarete de la mezquita de Santa Sofía, gozaba de maravillosa vista.

En medio del azul vivo del mar del Bósforo y del puerto, dentro del gran semi-círculo blanco de las velas de la flota, se veía la vasta capa verde de la colina, circundada de muros y de torres, coronada de cañones y de centinelas. En medio de aquella verdura, que era una selva de árboles enormes, por entre los cuales blanqueaba un

laberinto de senderos y brillaban los colores de mil flores, se extendía el vasto rectángulo del edificio del Serrallo, dividido en tres grandes patios, ó mejor, en tres pequeñas ciudades fabricadas alrededor de tres plazas desiguales, de las que sobresalían multitud de tejados de colores, de azoteas cargadas de flores, de cúpulas doradas, de minaretes blancos, de cimas aéreas, de kioscos, de arcos de puertas monumentales, esmaltados de jardines y bosques y medio escondidos en la frondosidad.

Era una diminuta metrópoli blanca, brillante y desordenada, ligera como un campamento de tiendas, de la cual emanaba no sé qué de voluptuoso, de patriarcal y de guerrero; en una parte llena de gente y de vida, en otra solitaria y muda como una necrópolis; donde todo brilla á la luz del sol; donde inaccesible á toda mirada humana se sumerge en una sombra perpétua. Llena de mil contrastes de esplendor y de oscuridad, de colores fuertes y de tintas argentadas y azules, brilla en los mármoles de sus columnas y en las aguas de sus estanques, envuelta por nubes de golondrinas y de palomas.

Tal era el aspecto externo de la ciudad imperial, no muy vasta para quien la miraba desde lo alto, pero tan dividida, subdividida é intrincada por dentro, que los servidores que en ella vivían más de cincuenta años, no conocían todas sus ha-

bitaciones, y los genízaros que la invadían por tercera vez se perdían en ella.

La puerta principal era la de *Bab-Umairun* ó Puerta Augusta, que se abre sobre la plazoleta en que se levanta la fuente del Sultan Ahmed, junto á la mezquita de Santa Sofia. Es una inmensa puerta de mármol blanco y negro, decorada con ricos arabescos, sobre la que se apoya vastísimo edificio de ocho ventanas. Pertenece este monumento al estilo mixto árabe-pérsico, á que los turcos se manifestaron tan aficionados en los primeros treinta años de la conquista, antes de empezar la imitacion del estilo de la arquitectura bizantina. En la clave del arco, en una cartela de mármol, se lee todavía la inscripcion de Mahomet II:

«Alá conserve en lo eterno la gloria de su posesor.»

«Alá consolide su edificio.»

«Alá fortifique sus cimientos.»

Esta es la puerta, ante la cual venía todas las mañanas el pueblo de Stambul á informarse de qué grande del Estado ó de la córte había caido aquella noche la cabeza. Éstas, colgadas de un clavo, se colocaban en dos nichos que se conservan aún casi intactos á derecha é izquierda de la entrada; ó bien se exponían en una bandeja de

plata, al lado de la cual se pegaba en el muro la acusacion y la sentencia.

Sobre la plaza, ante aquella puerta, se arrojaban los cadáveres de los condenados á la extrangulacion. Allí se detenían tambien, aguardando la orden de entrar en el primer recinto del Serrallo, los destacamentos de ejércitos alejados que venían á traer los trofeos de la victoria, y amontonaban, ante el sόlio régio, armas, banderas y espléndidas divisas ensangrentadas. La puerta estaba custodiada por un grueso destacamento de nobles, hijos de Beies ó de Bajás, vestidos pomposamente, los cuales presenciaban desde lo alto de los muros y de las ventanas, la procesion continúa de la gente que entraba y salía, ó tenían á raya con las largas cimitarras á la muchedumbre de los curiosos que venían allí para ver de pasada, ora por una ventana, ora subiéndose sobre un escalon, un trozo de patio, un pedazo de la segunda puerta, una vislumbre, en fin, por lo ménos, del régio alcázar, tan enorme como misterioso, perenne argumento de tantos deseos y tan perpétuos temores. Al pasar por aquí, el musulman devoto murmuraba una plegaria por su Sublime Señor; el jóven pobre y ambicioso, soñaba en el día en que hiciera bastantes méritos para ir á recibir la cola del caballo; la muchacha bella y recatada adivinaba como vaga esperanza la vida espléndida de la Cadina; los parientes de la vícti-

ma bajaban temblando la cabeza, y en toda la plaza reinaba un silencio severo, turbado tan solo tres veces al día por la sonora voz del *muezzin* de Santa Sofía.

Desde la puerta *Umaiun* se entraba en el patio llamado de los genízaros, que era el primer recinto del Serrallo.

Este gran patio está todavía circundado por edificios irregulares y sombreado por varios grupos de árboles, entre los que sobresale el plátano enorme de los genízaros, cuyo tronco no pueden abarcarlo diez hombres.

A la izquierda del que entra aparece la iglesia de Santa Irene, fundada por Constantino el Grande y convertida por los turcos en armería. Después viene el hospital del Serrallo, el edificio del Tesoro público, el almacén de naranjas, las caballerizas imperiales, las cocinas, cuarteles de *capigé*, la casa de moneda y las habitaciones de los altos funcionarios de la corte. Bajo el gran plátano se conservan todavía dos columnas de piedra, sobre las cuales se efectuaban las decapitaciones.

Era una especie de vestíbulo abierto, siempre lleno de gente, en el cual todo era confusión y movimiento; por allí pasaban todos los que debían ir al Diván ó ante el Gran Bajá.

Ciento cincuenta horneros y doscientos entre cocineros y pinches, se agitaban en las grandes cocinas preparando el refrigerio para la familia destinada á comer el pan y la sal del Gran Señor.

Por la parte opuesta se afanaba la guardia y los servidores por aparecer enfermos, á fin de gozar la vida descansada de los hospitales suntuosos, cuidados por veinte médicos y un ejército de esclavos.

Largas caravanas de mulos y de camellos entraban á llevar provisiones á la cocina, ó á conducir las armas de los ejércitos vencidos á la iglesia de Santa Irene, donde al lado del sable de Mahomet II brillaba la cimitarra de Scanderberg y el escudo de Tamerlan. Los recaudadores de contribuciones pasaban seguidos de esclavos cargados de riqueza en dirección á la tesorería, donde según decía Sokollí, gran Visir de Soliman el Grande, se hallaban depositadas suficientes riquezas para construir flotas con áncoras de plata y cordámen de seda.

Pasaban de cuando en cuando, conducidos por hermosos palafreneros búlgaros, los novecientos caballos de Murad IV, que tascaban frenos de pla-

ta maciza y comían en pesebres de igual metal.

Desde la mañana á la tarde era una romería continua de lucientes uniformes, entre los cuales destacaban los turbantes blancos de los genízaros, los grandes penachos de los *solak*, los cascos argentinos de los *peik*, guardias del Sultan vestidos con estrecha túnica de oro, los *zuluftá-baltagi*, al servicio de los oficiales de cámara con las trenzas de lana pendientes del morrion, los *kasseki*, con su baston emblemático en la mano; los *baltagi*, con la segur; los lacayos del gran Visir, con la fusta adornada de cadenillas de plata; los *bostangi*, guardias de los jardines, con sus grandes birretes purpurinos, y un conjunto variado de cien colores y de cien emblemas, de arqueros, de lanceros, de guardias del tesoro, de guardias *valerosas*, de guardias *temerarias*, de eunucos blancos y eunucos negros, de escuderos y pajes, hombres altos y poderosos de altivo aspecto, impregnado de la dignidad señorial de la córte, que llenaban el patio de perfumes.

Un reloj exactísimo regulaba los movimientos de aquel aparente desórden. Todo en aquel patio se movía como los autómatas guiados por una mano hábil. Al despuntar el día comparecían los treinta y dos *muezzin* de la córte, escojidos entre los cantores más dulces de Stambul, á anunciar el alba desde los alminares de la mezquita del Serrallo y se encontraban con los astrólogos y los as-

trónomos que descendían de la terraza, donde habían pasado la noche estudiando el firmamento para determinar las horas propicias para ocupaciones determinadas del Sultan. Poco despues, el primer médico entraba á buscar noticias de la salud del Gran Bajá; el ulema institutor iba á dar al agosto discípulo la enseñanza religiosa; el secretario privado á leerle las súplicas recibidas por la tarde; los profesores de artes y de ciencias pasaban al tercer patio á dar leccion á los pajes imperiales.

Cada cual á su hora, todos los personajes al servicio del Emperador, pasaban á recibir órdenes para el dia. El *bostangi-basci*, general de las guardias imperiales, gobernador del Serrallo y de las villas del Sultan esparcidas sobre las riberas del Bósforo y de la Propóntide, venía á informarse si al Gran Señor placía dar un paseo por mar, porque á él correspondía el gobierno del timon y á los *bostangi* el honor de los remos. Venía tambien á interrogar los caprichos del Sultan, el gran maestro de la caza, acompañado del gran halconero, cada cual al frente de los cazadores de halcones blancos y de los cazadores de buitres.

Venía á su vez el intendente general de la ciudad, seguido de una caterva de intendentes, de la cocina, del tesoro, uno tras otro, en un órden preestablecido, cada uno con su memorial, con su palabra preparada, con sus esclavos distintos con

vestimentas especiales. Más tarde, seguido de una turba de secretarios y de familiares, pasaba el Visir de la Cúpula para entrar en el Divan. Pasaban personajes á caballo, en coche, en litera, y descendían todos frente á la segunda puerta, que nadie podía pasar sino á pié.

Toda esta gente se reconocía, cargo por cargo, por las formas de los turbantes, por el corte de las mangas, por la calidad de las pieles, por los colores de los forros, por los ornamentos de las monturas y por la barba corrida ó el bigote solo. No podía darse confusion más grande en medio de mayor orden. Los *muftís* eran blancos, los visires se reconocían por el verde claro, los chambelanes por el escarlata; el azul oscuro distinguía á los seis primeros oficiales legislativos, los jefes de los emires y los jueces de la Meca, de Medina y de Constantinopla; los grandes *ulemas* iban vestidos de color violáceo; los *muderrí* y los *sceinitas* usaban el azul claro; el celeste clarísimo designaba á los *sciatá* feudatarios y á los *agás* de los visires; el verde oscuro, era privilegio de los *agás* imperiales y del portador del estandarte sagrado; los jefes de los escuderos del Sultan, vestían de verde pálido; los generales del ejército llevaban caizado rojo; los empleados de la Puerta, amarillos; los *ulemas* de azul turquí. A la escala de los colores, correspondía una gradacion en la flexibilidad del espinazo.

El *bostangi-bascí*, jefe de la policía del Serrallo, comandante de un ejército de carceleros y de verdugos que esparcía el terror á su paso, atravesaba el patio entre dos filas de cabezas inclinadas hasta el suelo. Pasaba el jefe de los eunucos, gran mariscal de la córte interna y externa, y se inclinaban á su paso los cascos, los turbantes, los penachos, como impulsados por cien manos invisibles. El gran limosnero recibía al pasar mil obsequiosos saludos. En fin, todos aquellos que se hallan próximos al Sultan, como el jefe de los palafreneros que le llevaba el palafren, el primer camarero que llevaba las sandalias del Señor, el *Sihlihdar-Agá*, que bruñía sus armas, el eunuco blanco que lamía el pavimento con la lengua antes de extender el tapiz en que el Sultan se sentaba, el paje que le escanciaba el agua para las abluciones, el que le presentaba el arcabuz para las cacerías, el que custodiaba sus turbantes, el que quitaba el polvo á los penachos y á los joyeles de los mismos, el que tenía cuidado de los trajes de zorra negra, todos pasaban en medio de especialísimas consideraciones, ora de respeto, ora de curiosidad.

Un murmullo de respeto y admiracion precedía y acompañaba el paso del gran predicador de la córte y del gran maestro que arrojaba monedas al pueblo en las fiestas imperiales. Tras él iba asateado por muchas miradas envidiosas el musulman

afortunado que cada diez días rasuraba la cabeza del Sultan de los Sultanes. La multitud se apiñaba con particular curiosidad ante el primer cirujano encargado de la circuncision de los príncipes, ante el primer oculista que preparaba el colirio para la pupila de las Cadinas y de las odaliscas, ante el gran maestro de las flores, abrumado por los caprichos de cien bellas que llevaba sobre el jáique su poético emblema ornado de rosas doradas; el primer cocinero recibía aduladores saludos; ceremoniosas sonrisas saludaban al guardia de los papagayos y de los ruseñores, que podía atravesar el dintel de los kioscos más secretos.

Era una multitud infinita de personas dividida en una jerarquía minuciosa y graduada, gobernada por un ceremonial de cincuenta volúmenes, vestida de mil colores pintorescos, que circulaba por los vastos patios y era renovada á cada minuto.

De vez en cuando, atravesaba apresuradamente un mensajero y todas las cabezas se volvían. Era el visir *karakulak* mensajero entre el Sultan y el primer ministro que iba á dar una embajada secreta al Gran Visir; era un *capigi* que corría al palacio de un Bajá que caía en sospecha á llevarle la órden de presentarse inmediatamente al Divan; era el *portador de las buenas noticias* que venía á anunciar al Gran Bajá la feliz llegada de la grande caravana á la Meca. Otros mensajeros especiales entre el Sultan y los altos funcionarios del Es-

tado, distinguido cada cual con un título y reconocible por cualquier particularidad del vestido, aceleraban el paso saliendo por las dos puertas del patio.

Pasaban asimismo en direccion á la cocina pelotones de cafeteros cargados con sus artículos; grupos de cazadores imperiales cargados con doradas piezas; largas filas de moros con géneros distintos, precedidos por el gran mercader, proveedor del Sultan; escuadras de galeones conducidos por esclavos á los trabajos más fatigosos del Serrallo.

Después, cien individuos del batallon de la cocina, salían dos veces al día con objeto de llevar á la sombra de los plátanos ó bajo los pórticos ó á lo largo de los muros, pirámides enormes de arroz y carneros enteros asados; una turba de pajes y servidores acudía, dando al patio el animado aspecto de un banquete ofrecido al ejército.

Más tarde cambiaba la escena y se veía llegar una embajada extranjera en medio de *dos murallas de oro y de seda*. Allí, como escribía Soliman el Grande al Schá de Pérsia «afluya todo el Universo.» Los embajadores de Carlos V encontrábanse al lado de los embajadores de Francisco I; los enviados de Hungría, de Sérvia y de Polonia entraban junto con los representantes de las repúblicas de Génova y de Venecia. El pes-

keschisbaci, encargado de recibir los dones, salía al encuentro de las caravanas extranjeras hasta la frontera de *Bab-Umarín* y volvía luego, seguido de mil espectadores, conduciendo los elefantes que llevaban tronos de oro, gacelas gigantescas, jaulas de leones, caballos de la Tartaria, y caballos del desierto, vestidos de piel de tigre y cargados con escudos de huesos hechos de orejas de elefante; los enviados de Pérsia con jarrones de China; los mensajeros del Sultan de la India con cajas de oro llenas de piedras preciosas; los embajadores de los monarcas africanos con tapetes de pelo de camello sacados del vientre de las madres y bordados de plata y oro, que con su peso hacen encorvar la espalda de diez fornidos esclavos; los embajadores de los Estados del Norte seguidos de servidores cargados de preciosas armas. Entraban después de la guerra afortunada, para ser mostrados al Gran Bajá, generales cargados de cadenas y princesas prisioneras con los rostros tristes y velados, y grupos de eunucos de todas edades y todos colores, cojidos como botín de guerra, y ofrecidos como dones al príncipe vencedor.

Y en tanto, los oficiales del ejército triunfante se agolpaban á la puerta de la Tesorería, para deponer las riquezas tomadas en el saqueo; las perlas y los brocados cogidos á los persas, el oro y la pedería de los mamelucos de Egipto, la copa de oro con topacios de los Caballeros de Rodas, y frag-

mentos de las estátuas de Diana y de Apolo robadas en Grecia y Hungría, y llaves de ciudades y castillos.

Conducían otros al segundo patio á los jóvenes y á las muchachas arrebatadas en la isla de Lesbos. Toda la multitud de provisiones que venía al Serrallo de los puertos de Africa, de la Caramania, de la Morea y del mar Egeo, pasaba ó se detenía bajo aquellos muros, y un ejército de mayordomos y de secretarios estaban continuamente ocupados en registrar, en pagar, en recibir y en transmitir órdenes.

Los negociantes del bazar de esclavos de Brusca y de Trebisonda, se encontraban ante la segunda puerta esperando el turno de entrada junto á los poetas vencidos de Bagdad para recitar versos al Sultan. El gobernador caído en desgracia, llegaba para comprar su propia salvacion con una copa llena de monedas de oro, y esperaba junto á un Bajá venido á ofrecer su don al Gran Señor, y una bella vírgen de 13 años encontrada á duras penas después de muchos meses de pesquisas en Anatolia. Alrededor bullían gentes venidas de todos los confines de Imperio; familias llegadas de las provincias lejanas en busca de justicia, mujeres y jóvenes de la clase más ínfima de Stambul, que deseaban presentar sus quejas al Divan.

Y volviendo ya de la presencia de éste, seguidos de infinidad de curiosos, los embajadores de

las provincias rebeldes pasaban montados en asnos, con la barba cortada y una toca de mujer en la cabeza; y los insolentes de los principados asiáticos con la nariz cortada por la cimitarra de los *sciari*.

Pasaban también los oficiales del Estado que salían á escape para llevar á algun gobernador lejano un regalo precioso, don del Gran Visir, que escondía su sentencia de muerte; veíanse cruzar las caras alegres de los ambiciosos que, á fuerza de intrigas, habían obtenido algun destino, y los semblantes pálidos de los que habían sentido en el Diván la sorda amenaza de una desgracia próxima; aparecían los *hatticherif*, inexorables como el destino, sobre la grupa de fogosos caballos que corrían trescientas millas para llevar la ruina y la muerte al palacio de algun Virey; los terribles emisarios de la corte, mandados para destrozarse á los prisioneros ilustres en el subterráneo de las Siete Torres. Y con éstos se encontraban los Ulemas, los Beíes, los Molá, los Emires que acudían á la audiencia con la cabeza inclinada, con la vista baja, con las manos escondidas en las anchas mangas; el Visir, que tenía por obligación leer el Corán en sus pasajes de muerte cuando se trataba de auxiliar á alguien en su agonía; el Gran Visir déspota, espiado por el verdugo que llevaba preparado su testamento, para estar siempre dispuesto á morir. Y todos cruzaban á paso

lento, en silencio, ó hablando con voz sofocada un lenguaje circunspecto y correcto, propio del Serrallo; y se veía un continuo cambio de miradas graves y escrutadoras, y un posarse las manos en la frente y el pecho acompañado de gritos interrogantes, de un perpétuo crujido de capas y babuchas, y un sonar de cimitarras; algo, en fin, de no sé qué monacal y triste que contrastaba con la fiera guerrera de los rostros, con la pompa de los colores, con el esplendor de las armas.

En todos los ojos se leía un pensamiento, sobre todas las frentes se veía el terror infundido por un hombre que estaba sobre todos, que era dueño de todo, ante el cual todo se inclinaba, enmudecía, se aniquilaba, y parecía que todas las cosas reproducían su imágen y en todo rumor se escuchaba su nombre.

* * *

Desde este patio se pasaba al segundo por la grande puerta de *Bab-el-Selam*, ó Puerta de la Salud, que se conserva todavía intacta en medio de dos gruesas torres, y no se traspone, ni aun al presente, sin un *firman*. Antiguamente, dos gran-

des parapetos la cerraban por la parte del primer patio y otros dos por la del segundo, de modo que cuando todo estaba cerrado quedaba dentro un calabozo oscuro donde un hombre podía ser asesinado secretamente. Bajo de él, estaba la celda del verdugo, la cual comunicaba con la sala del Divan por medio de un corredor sin luz. A la régia estancia iba el siniestro ejecutor de la justicia á esperar el fallo de los altos funcionarios caídos en desgracia, los cuales recibían en el mismo instante la sentencia y la muerte.

Otras veces, el gobernador ó el visir desgraciado, era llamado al Serrallo con un pretexto; venía, pasaba sin sospecha bajo la lúgubre muralla de la puerta, entraba en el Divan, era recibido con benévola sonrisa y con dulce severidad que no le amenazaba seguramente sino con un castigo lejano, y con el ánimo sereno volvía á pasar tranquilamente la puerta. Pero de improviso, sin ver á nadie, sentía una hoja de acero en los riñones ó un lazo en la garganta y sucumbía sin tener tiempo para resistir. Al grito del moribundo, cien rostros se volvían por un momento en los dos patios; despues todo volvía al lúgubre silencio del castillo.

La cabeza de la víctima era llevada á uno de los nichos de *Bab-Umaiún*; el cadáver á los cuervos de la playa de San Estéban; la noticia al Sultan, y todo había terminado. Todavía,

á la derecha, bajo la negra bóveda, se veía cierta puertecilla de hierro de los calabozos, á los cuales se arrojaba á las víctimas cuya sentencia no llegaba á tiempo para ser ejecutada, ó para prolongar la horrible agonía por un refinamiento de maldad, ó para esperar el destierro.

Saliendo del *Bab-el-Selam*, llegábase inmediatamente al segundo patio.

Empezábase á sentir aquí más viva el aura sacra del Señor *de los dos mares y de los dos mundos*; y quien penetraba por vez primera, se detenía involuntariamente á los primeros pasos, presa de un sentimiento de temor y de veneracion.

Era un vastísimo patio irregular, una sala desmesurada á cielo abierto, circundada de esbeltos edificios y de cúpulas doradas ó plateadas, llena de grupos de bellísimos árboles, y atravesada por dos caminos centrales flanqueados por gigantescos cipreses.

Alrededor corría hermosa galería formada por delicadas columnas de mármol blanco y cubierta por volado techo, revestido de plomo.

A la izquierda, entrando, estaba la sala del Divan, cubierta por una bóveda brillante; más allá, la sala de las grandes recepciones, delante de la cual, seis enormes columnas de mármol de

BIBLIOTECA ALEONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.